

# Históricas Digital

Juan A. Ortega y Medina

*Reforma y modernidad*

Alicia Mayer González (edición y presentación)

México

Universidad Nacional Autónoma de México  
Instituto de Investigaciones Históricas

1999

224 p.

(Serie Historia General, 19)

ISBN 968-36-74-03-8

Formato: PDF

Publicado en línea: 16 de abril de 2018

Disponible en:

[http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/reforma\\_modernidad/365.html](http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/reforma_modernidad/365.html)



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS

DR © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS

## I

# LOS OBLIGADOS ANTECEDENTES HISTÓRICOS



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS



## EL DESVÍO DE UNA MISIÓN PROVIDENCIAL

*Cruzada tradicional española: el programa africano de Isabel*

En 1517 penetraba en España el joven Carlos, acompañado de su séquito borgoñón flamenco, para tomar posesión de los reinos de Aragón y Castilla y de las posesiones que a ambos pertenecían. Sobre Carlos se condensaban las aspiraciones de la Casa de Austria y las de Castilla y Aragón. Por su lado, la Iglesia ayudó en todo lo que pudo a la política expansionista ibérica; la intervención de la Iglesia española en el célebre Compromiso de Caspe (1412), y la ya tradicional a partir de la fecha remota de la evangelización peninsular, son hitos demostrativos de que la historia de la Iglesia española es la historia de España. La conjunción político-eclesiástica trenzó el cáñamo y la seda de la civilización y cultura hispanas; a esta apretada y varia urdimbre responden por igual glorias y abyecciones, éxitos y fracasos, amores y odios, arte y ramplonería.

Fernando de Aragón es la encarnación viviente del príncipe soñado por Maquiavelo, sus tortuosidades políticas parecen así confirmarlo. Hasta hay quien asegura que sirvió de modelo al florentino, o por lo menos disputa, y no sin cierto éxito, este privilegio a Luis XI de Francia y a César Borgia, paradigmas de cauteloso y ambicioso maquiavelismo. El rey aragonés estaba preocupado, escribe Madariaga, del “cómo y del cuándo” de la política; pero “la religiosa, encarnada por Isabel, era esencial y permanente, y orientada al fin”.<sup>1</sup> La reina fue la heredera legítima del viejo espíritu de cruzada; su interés en proseguirla sobre el territorio del norte de África quedó plasmado en su renombrado mensaje africanista. Las empresas militares posteriores de Cisneros,

<sup>1</sup> Salvador de Madariaga, *España. Ensayo de Historia Contemporánea*, 4ª edición, Buenos Aires, Edit. Sudamericana, 1944, p. 45.



Carlos I y los Felipes contra turcos y sarracenos nos están indicando la fuerza tradicional del legado político-religioso de Isabel; legado que, en última instancia, no es sino la expresión y condensación oficiales de un sentimiento religioso, nacionalista, colectivo, entusiasta, popular y secular; sentimiento hondo y serio, firme y seguro, que eliminaba los obstáculos morales y que se ejercitaba, sin embargo, al traducirse en obras, al buen tuntún; testamento con solera de experiencias y de siglos. Los contemporáneos de Isabel sintieron forzosamente la misión como un designio providencial. La afición de los Reyes Católicos a guerrear contra la morisma parecía ser movida, según Pérez del Pulgar, “por alguna divina inspiración”.<sup>2</sup> Esta guerra, no obstante, era muy distinta a la que se había mantenido durante siglos; ochocientos años de un tenaz conflicto hispano-musulmán, interactivo y conformativo, que ha sido denominado, con manifiesta ceguera por los historiadores tradicionalistas españoles, la Reconquista.<sup>3</sup> El asidero trascendental era el mismo, mas no se hacía mucho hincapié en esto último. Los hombres confiaban en Dios; pero mucho más en la preparación y esfuerzo personales: soplaban diferentes vientos que los que habían impelido a los guerrilleros ascetas de la Reconquista. Copiándolo de los *Comentarios* de Xenofonte, Palacios Rubios aconsejaba a los guerreros profesionales, pues ya lo eran, el ejercitarse más en el arte de la guerra que en impetrar la ayuda divina:<sup>4</sup> Santiago Matamoros todavía realizaría sus ya desmayadas hazañas por el campo de la teohistoria española; pero sus postreras galopadas, bien dudosas por cierto, y a Bernal Díaz nos remitimos, tendría que hacerlas, caballero en su blanco corcel, por entre los magueyales del Anáhuac.

La guerra se convierte en una técnica, y el empirismo de antaño da paso al refinamiento de los tratados bélicos;<sup>5</sup> aun se segui-

<sup>2</sup> Hernán Pérez del Pulgar, *Crónica de los Reyes Católicos*, t. LXX, v. 3 de la Biblioteca de Autores Españoles, p. 410.

<sup>3</sup> Con harta y maliciosa razón se ha podido decir que cómo es posible denominar reconquista a una cosa que duró ocho siglos.

<sup>4</sup> Juan de Palacios Rubios, *Tratado del esfuerzo bélico-heroico*, Madrid, edición de la “Revista de Occidente”, 1941, p. 57.

<sup>5</sup> Cfr. Jorge Vigón, en *Milicia y regla militar*, Madrid, Epesa, 1949. En esta interesante obra de espíritu castrense se estudian con gran simpatía, aunque con poca profundidad, los



ría hablando por mucho tiempo de propagación de la fe y de guerra contra la Media Luna, enemiga tradicional de aquélla;<sup>6</sup> pero el ideal caballeresco se iba encarrujando tal como ocurre con los olivos centenarios al paso de los años. La guerra se aplebeya y pierde el sello de singularidad personal y caballeresco que antes poseyera. Comenzó a predominar el general sobre el condestable, y la infantería de extracción popular sobre la caballería nobiliaria; se pasaba así de la etapa guerrera caballeresca a la soldadesca. Los castillos se desmoronan a los impactos de las pallas férreas o pétreas disparadas por las lombardas y culebrinas, y los acerados escuadrones ceden el sitio a los cuadros de peonías de ballesteros y arcabuceros erizadas de picas. Es el salto que media entre las batallas pintadas por Paolo Ucello al cuadro de “Las Lanzas” de Velázquez; y Bayardo, “el héroe sin tacha y sin miedo”, que muere tras pasado por un vulgar escopetazo, representa el símbolo periclitante, elocuente y marchito de la época.

Aparece también la justificación de la guerra utilizando argumentos completamente nuevos. La razón de estado, es decir las circunstancias políticas, los amparan y explican. La historia alza su vuelo y, abandonando el teatro intemporal y simbólico del medioevo, se mete de rondón en el callejón metafísico. Los anales y crónicas sincronizan y secularizan sus noticias, y en lugar de buscar, como antes, las explicitaciones en Cristo, las encuentran ahora en el hombre. El individualismo renacentista ha puesto su yo, lo ha entronizado en un lugar que antes le estaba vedado, que anteriormente le era inaccesible; la historia se ha convertido en historiografía, a saber “en vasto depósito de experiencia valiosa”.<sup>7</sup> La época exige algo más que la mera fe, el mundo se encuentra en

famosos tratados bélicos de diversos autores: Bernardino Escalante, *Diálogo de la verdadera honra militar*, 1575; de Ximénez de Urrea, *Diálogo del arte militar*, 1583; del conde Rebolledo, *Selva militar política*, 1652; de fray Diego José, *El soldado católico en la guerra de religión*; y el ya reseñado de Palacios Rubios. El tratado de fray Diego José representa el tránsito del ideal heroico-clásico del caballero renacentista al heroico-contrarreformista del cristiano caballero puesto al servicio de la iglesia tridentina; *vid.* en Werner Weisbach, *El barroco, arte de la Contrarreforma*, Madrid, Espasa y Calpe, 1942, p. 76-79.

<sup>6</sup> Anónimo, *Apéndice a la Crónica de los Reyes Católicos*, *op. cit.*, p. 257.

<sup>7</sup> Edmundo O’Gorman, *Crisis y porvenir de la ciencia histórica*, México, Imprenta Universitaria, 1947, p. 27. Véase también del mismo autor *La conciencia histórica de la Edad Media*, México, Separata del Colegio de México, 1942, p. 52-59.



tránsito de secularización y, allende esto, se exige del pasado que lo sea en cuanto tal, verbigracia que se convierta en antecedente histórico al servicio de una causa política; en suma que sea un pasado pragmático, aprovechable.

Aunando voluntades y convicciones nacionales los Reyes Católicos transforman la cruzada espiritual en actividad meramente conquistadora, y, sobre todo, unitaria y política. Los Reyes hacen de la fe un instrumento más de dominio y, apoyándose en los apetitos de la clase media y popular y en las ambiciones desmedidas de la nobleza y de la naciente burguesía, atizan el fanatismo y transforman la ya decadente tolerancia castellana (de los siglos XI a XIII) en movimientos de persecuciones y odios, preparándose así los terrenos emocionales que culminarían en la expulsión de judíos y árabes españoles. De la transigencia de Castilla, cabeza tolerante de tres religiones, se pasa a la intransigencia de no admitir sino una que centra en sí misma las proliferaciones nacionales. No basta con tener sometido a tributo el reino granadino, sino que hay que conquistarlo invocando peligros ya reales o imaginarios. El aparato técnico y legal que se pone en juego utiliza los viejos marchamos; pero el pregón no es el mismo, por debajo de la invocación a Cristo se desliza la corriente ambiciosa de la unidad y del poder políticos. Para un observador aturrullado los añejos símbolos proclaman al parecer la misma antigua creencia, mas perescrutando se advierte la inyección secular que aquella recibiera. Hay un doble juego en que se presenta ora una cara ya la otra, de las dos que, como las de Jano, manifiestan la alternativa bélica o pacifista; el codeamiento entre lo espiritual y temporal.

Isabel se hacía eco de las aspiraciones y ambiciones de los hombres y clases de su tiempo. Al sur de la Península Ibérica, grupos de gentes de mar, semiguerreros, semicomerciantes y semicorsarios,<sup>8</sup> mantenían frente a la frontera africana una porfiada lucha a título de defensores de Cristo y de adelantados de la penetración reconquistadora. Con ellos se contaba antes que con nadie, para reconquistar el norte de África y devolverlo a la Cris-

<sup>8</sup> Rafael Altamira, *Historia de España y de la civilización española*, Barcelona, Editorial J. Gil, 1908, t. II, p. 395.



tiandad, a la vez que se soñaban las futuras acciones debeladoras como una vía en cuyo final se encontraban los Santos Lugares. El pueblo veía el proyecto con regocijo por un triple motivo tradicional y emocional: seguridad ante el peligro sarraceno, esperanza de botín y ensanchamiento de la fe cristiana; era, en suma, una empresa que poseía el elemento más importante que se requiere para toda ejecución feliz, lo popular.

En aquellos terribles y duros fronterizos hispanos se cifraban las esperanzas conquistadoras, y no cabe duda que hubieran alcanzado aquellos hombres su objetivo a no ser por algo accidental e imprevisto que se les atravesó en el camino haciéndoles desviarse de él para siempre. Altamira atribuye a los asuntos de América y a las luchas contra Francia la desatención, por parte de España, de la política africanista que la tradición y la necesidad aconsejaban, y está en lo justo. Hubo incluso un momento en que el interés africano estuvo a punto casi de anular el americano. El duque de Medina-Sidonia zarpaba en 1497 con la armada que se había preparado para la expedición de Colón de ese mismo año. El duque puso sitio a Melilla y al cabo la conquistó; para el 30 de mayo del siguiente año las naves estaban ya aparejadas, listas para dar comienzo a lo que habría de ser el tercer viaje colombiano.<sup>9</sup>

<sup>9</sup> Vid. Andrés Giménez Soler, *Fernando el Católico*, Barcelona, Editorial Labor, 1941, p. 195. Para el señor Giménez Soler la utilización de la escuadra colombina en empresas africanas resulta providencial, el aviso, según escribe, “de que no en América sino en África estaba el verdadero Imperio”; afirmación esta última cuya censura no nos podemos aguantar. Hay en esta frase del historiador un manifiesto desahogo y un indisimulable descontento y despecho a todas luces antihistórico; y, por lo mismo, se hace difícil silenciarlos. Por un lado su afirmación resulta ser el socorrido e infantilísimo derecho al pataleo; por el otro la típica manifestación romántica sufrida por más de un historiador español, que ha sido calificada de “espejismo regresivo” o intento de remontarse hasta el reinado de los Reyes Católicos para comenzar de nuevo, como si tal cosa, la etapa africanista al parecer frustrada desde aquel entonces (Vid. Américo Castro, *España en su Historia. Cristianos, moros y judíos*. Buenos Aires, Editorial Lozada, 1948, p. 27. Expresión la del señor Giménez Soler que el propio historiador Toynbee no tendría el menor reparo de incluir como una muestra más de lo que él llama “arcaísmo” histórico; arcaísmo en el que están muy seriamente empeñados los más, si no todos, de los historiadores actuales de España.



*Culminación del momento histórico*

La conquista de Granada y el Descubrimiento de América alborozan el orbe cristiano. España toda siente el júbilo inmenso de las profecías realizadas; su misión providencial la empuja, como ya ha sido indicado, a la reconquista del norte de África y al rescate del Santo Sepulcro, y los Reyes Católicos ven en el Descubrimiento el primer signo inequívoco de la misión ineludible y redentora de España. Tras el primer viaje colombino el entusiasmo subió al punto no sólo en la Península, mas asimismo en toda la Cristiandad. Los Reyes no tuvieron empacho, en plena euforia provocada por el segundo viaje de Colón en curso, en dar con fecha 10 de abril de 1495 una cédula real en la que se declaraban libres y abiertos a la navegación y al tráfico las rutas de las islas de Occidente. El propio Colón, con sano regocijo de cruzada escribiría con atolondrada exultación lo que sigue:

Celébrese procesiones; háganse fiestas solemnes; llénense los templos de ramas y flores; gócese Cristo en la tierra cual se regocija en los cielos, al ver la próxima salvación de tantos pueblos, entregados hasta ahora a la perdición. Regocijémonos, así por la exaltación de nuestra fe como por el aumento de bienes temporales, de los cuales no sólo habrá de participar España sino toda la Cristiandad.<sup>10</sup>

He aquí un auténtico programa de explotación y de mesianismo evangélico en el que no iba a participar únicamente España sino todo el ecumene tradicional y cristiano. Ante los ojos de Europa se abrían hermosísimas perspectivas de lucro y de acción misionera. Nada menos que un hombre, que resultaba providencial hasta en su apelativo, había logrado hacer más práctico y expedito el esquema portugués denominado “Plan de las Indias”. Consistía el mismo, según lo escribiera el papa Nicolás V en 1454, en llegar por la ruta lusitana hasta las Indias, que se suponían cristianizadas, para obtener, según se creía, “el socorro de los cris-

<sup>10</sup> *Carta del Almirante D. Cristóbal Colón al Sr. Rafael Sánchez. Tesorero de los Reyes*, edición facsimilar, México, Imprenta Universitaria, 1930, p. 15.



tianos de Occidente contra los sarracenos y enemigos de la fe, y al mismo tiempo, sometería[n] los portugueses, con el real permiso, a los paganos de aquellos parajes aun no infectados de la peste mahometana, haciéndoles conocer el nombre de Cristo”<sup>11</sup> El esquema luso y el posterior proyecto colombino parecieron coincidir, por cierto con grandísimo recelo de los portugueses.

“España se siente, escribe Xirau, y es sentida por todos como la heredera de todos los anhelos que animaron las Cruzadas”.<sup>12</sup> Los Reyes Católicos perciben los ojos del mundo clavados como dardos en ellos, y se apresuran enardecidos a descargar el doble golpe decisivo sobre el pecho y espaldas del Islam, pues si Catayo y Cipango estaban ya casi a la mano por obra y gracia del Almirante, pronto se podría estrechar el cerco en torno a los odiados y abominables israelitas. Pero bien pronto se disiparon estas ilusiones y, con ellas, los temores de los lusitanos siempre celosísimos de su sigiloso monopolio africano.

### *Desaliento y nueva esperanza. Un viraje decisivo*

Poco a poco el mundo se fue enterando de que la pretendida retaguardia del oriente mahometano estaba constituida por nuevas y promisorias tierras de conquista, percatándose de que la geografía medioeval, la teogeografía, se ensanchaba dando cabida heterodoxamente a una *Cuarta Parte* apenas si profetizada por las *Autoridades*.<sup>13</sup> El ojo entre familiar y curioso con que Europa la veía se trocó prestamente en inquisitivo, y de pasmo en pasmo fue creciendo el contorno cartográfico de un continente asombroso nunca antes conocido ni oído jamás. Ante la profunda angustia producida por la imperiosa necesidad de justificarlo, se desató, por fuerza, una maraña de logomáquicas discusiones y se discurrieron todos los trucos filológicos y científicos con tal de hacer

<sup>11</sup> Citado por Luis Bertrand en *España, país creador*, México, Editorial Atlántida, 1942, p. 142.

<sup>12</sup> Joaquín Xirau, “Humanismo español”, ensayo en *Cuadernos Americanos*, año 1, México, 1942, n. 1, p. 142.

<sup>13</sup> Edmundo O’Gorman, Curso sobre historia de América, México, Facultad de Filosofía y Letras, curso de 1943.



encajar la América en el casillero tradicional de la cultura aristotélico-escolástica.<sup>14</sup> Todo en balde, todas las especulaciones resultaban tan abstrusas o estólicas, y tan absurdas e incomprensibles, sin lugar a dudas, como la alidona en las entrañas de las golondrinas y vencejos. Así fue como América contribuyó de un modo definitivo al abandono del ferviente y proficuo interés de cruzada medioeval y africana.

El mutuo interés de Castilla y Aragón desvió su dirección inicial a consecuencia del descubrimiento de América; y las nuevas fuerzas y circunstancias históricas, que por una parte ataron a España a las nuevas tierras, y por la otra la uncieron al yugo político-dinástico de Europa, hicieron mudar el interés mediterráneo-africano por el atlántico-euroamericano.<sup>15</sup> El Renacimiento, el Descubrimiento y más tarde la Reforma darán nuevo sabor y tono a la actuación española. La cruzada contra Mahoma perderá fuerza y hasta llegará casi a olvidarse ante las nuevas exigencias evangelizadoras de América, y ante las fuerzas desencadenadas por la conmoción religiosa efectuada en Europa. Frente a la vieja idea de reconquista y expansión a costa del infiel, la política compulsora y unificadora de la Cristiandad. La Iglesia que había animado con fervoroso batallar la primera hace lo propio con la segunda, incluso más, pues con ella se jugaba una carta decisiva, la de la supervivencia: gracias a España, conviene proclamarlo porque a veces se olvida con demasiada y sospechosa frecuencia, aun se sienta en el solio de San Pedro un pontífice de la catolicidad.

España se sintió atraída hacia la sirena trasatlántica de un modo irresistible; el nuevo paraíso americano descubierto por Cristóbal Colón resultó ser un imán muchísimo más atrayente y menos expuesto que el fogoso intento de rescatar el Santo Sepulcro. Sin

<sup>14</sup> Edmundo O'Gorman, *Fundamentos de la historia de América*, México, Imprenta Universitaria, 1942, p. 85-154.

<sup>15</sup> Ángel Palerm Vich considera este momento como el crucial que decide un cambio radical de frente, y por el cual la realeza castellana deja de apoyarse en la incipiente burguesía española y se echa de bruces sobre la antigua vencida nobleza, malográndose así la marcha hacia un estado español monárquico-burgués y representativo. Véase su ensayo "El industrialismo y la decadencia", en *Presencia*, núms. 5 y 6, México, 1949, p. 38-80. Esta tesis concuerda a grandes rasgos, sin que los sospeche quizás su autor, que será sin duda el primero en deplorar semejante coincidencia, con la expuesta por Fedor Ganz en su *Ensayo marxista de la historia de España*; Madrid, Editorial Cenit, 1934, p. 23-25.



saberlo, Colón situaba dicho paraíso en América;<sup>16</sup> los utopistas del Renacimiento topizarán sus sueños pensando en ella; los misioneros españoles terrenalizarán lo utópico, según expresión feliz de Eugenio Ímaz;<sup>17</sup> y los soldados conquistadores, para no ser tal vez menos, irán sembrando por el continente funambulescas fábulas de quimeras, eldorados, fuentes de juventud, paganismos de amazonas y mirajes deslumbradores de Cibolas y Quiviras. Allende esto, insistamos, la tendencia europeo-dinástica desviará el curso de España del álveo tradicional de su corriente histórica africana, contribuyendo también por su lado al abandono de la empresa heroico-burguesa por tierras de África, muy a pesar de todo el entusiasmo que pusiera en la empresa, y puso muchísimo, tanto o más que Isabel e incluso con sentido más práctico, el astuto y viejo rey Fernando.<sup>18</sup>

Algo habría, empero, de ineluctable compromiso histórico y de similar espíritu de conquista y cruzada cuando las que no realizaron los soldados cristianos de España la efectuaron sus herma-

<sup>16</sup> “Carta de Cristóbal Colón a los Reyes Católicos” enviada desde La Española (18-X-1498), en Edmundo O’Gorman, *Navegaciones colombinas*, México, Biblioteca Enciclopédica Popular, 1949, v. 209.

<sup>17</sup> Vid. Eugenio Ímaz en el “Prólogo” a las *Utopías del Renacimiento*, México, Fondo de Cultura Económica, 1941. Véase también del mismo autor, y sobre el mismo tema, en el *Noticiero Bibliográfico*, México, Fondo de Cultura Económica, 1941, t. II, núm. 50. Sobre el erasmismo peninsular en su proyección tópica americana deben consultarse los siguientes ensayos; Silvio Zavala, *Ideario de Vasco de Quiroga*, México, El Colegio de México, 1941; *La Utopía de Tomás Moro en la Nueva España*, México, 1937; y “Letras de Utopía”, en *Cuadernos Americanos*, núm. 2, México, 1942, p. 146-152; Pedro Henríquez Ureña, *Erasmistas en el Nuevo Mundo*, Buenos Aires, “Suplemento Literario de la Nación”, 1938, y Marcel Bataillon, “Erasmus en el Nuevo Mundo”, en *Cuadernos Americanos*, núm. 3, México, 1930, pp. 182-195. Véase del mismo autor *Erasmus y España. Estudio sobre la historia espiritual del siglo XVI*, traducción de Antonio Alatorre, en donde se adiciona como apéndice el ensayo anteriormente reseñado, México, Fondo de Cultura Económica, 1950.

<sup>18</sup> Antes que el señuelo americano se levantó el gravísimo estorbo de la complicada situación europea a la que Fernando tuvo que hacer por fuerza frente. Sin las extravagancias del emperador Maximiliano y sin los apetitos franceses frente a Italia, Fernando hubiera podido realizar su grandioso plan; reconquistar el norte de África, los Santos Lugares, y arrinconar al turco; la última gran cruzada que no pudo llevarse a cabo no precisamente por la oposición que presentaban los enemigos de la Cristiandad, lo que no quiere decir que fuera leve, sino justamente por los recelos y falta de solidaridad entre las naciones cristianas. Véase el vasto plan de Fernando en la obra de José M. Doussinage, *La política internacional de Fernando el Católico*, Madrid, Espasa Calpe, S.A., 1944, p. 493. El capítulo XXII de esta obra es luminoso, no menos que el mapa que va al final del libro.



nos y enemigos de armas, los renegados españoles y árabes andaluces de los expulsados, bajo el mando del elche granadino Yawdar, conquistando a través del desierto de Sahara el imperio negro de Gao y Tumbuctú, en el Sudán, setenta años después de que Cortés se hubiera abierto paso por entre las altas tierras del imperio nahua de Moctezuma Xocoyotzin.<sup>19</sup>

<sup>19</sup> Vid. Emilio García Gómez, *Españoles en el Sudán*. Madrid, "Revista de Occidente", t. I, 1935, p. 93-117.